

EL TESORO DEL HORTELANO

EMILIO ARJONA CRESPO

Los chavales estuvieron toda la tarde detrás de la tapia. Podían ver el trajín del señor hortelano, Aurelio, aunque nadie lo llamaba por ese nombre que a tantos hacía reír pero del que él estaba tan orgulloso por varias razones. Era el nombre de los primogénitos de su familia, lo que significaba que hubo un día en el que fue el primero en algo. Estaba también su peculiaridad, en su casa, en su familia, todos los primogénitos habían nacido en los últimos doscientos años con veinte años exactos de diferencia, todos bajo el mismo signo zodiacal, todos con el mismo nombre, todos Aurelio. Según le dijo un cura, era de origen latino y con un significado ciertamente dorado para aquel que tuviese algún conocimiento de cultura general.

Aurelio se había levantado aquella mañana a las seis, como de costumbre, su primer pensamiento fue para el hijo que su esposa traía en su vientre, todo seguía igual. Sin proponérselo había conseguido que su mujer estuviese encinta justo en el tiempo adecuado para que diese a luz en la fecha designada. Él sabía que debía ser un niño, un varón, de ser de otra manera rompería la tradición y eso era algo que él en ningún momento querría hacer, de ninguna manera. Mientras se ponía las botas intentando hacer el menor ruido posible para no despertar a su mujer que dormía, pensaba en qué haría si resultaba ser niña. ¿Cómo iría a comunicárselo a su padre? Pero claro eso es algo de lo que uno no tiene culpa, ya se sabe que se pone todo el empeño que se puede pero...

Los chavales tenían su plan, según ellos, él no había advertido su presencia, aunque por las cuentas del hortelano debían llevar allí al menos una hora espíándolo, esperando a que se fuese de la huerta chica para comerse todas las fresas que entrasen en sus bocas. Él en alguna ocasión había agarrado a alguno, pero siempre fue benévolo y nunca hizo daño a ninguno de ellos, aunque es cierto que les causaban más destrozos que todas las cabras juntas. No se atrevía a dejar la huerta sola, ya que sabía que la arrasarían, sus pies todavía no debían calzar más de un treinta y cuatro pero podían patear y arrastras más de lo que imaginaban, con total seguridad sin maldad alguna. Los intentaba igualar con su hijo, de forma imaginaria, cuando tuviese la edad de ellos ya sabría hacer algunas labores del campo, de la huerta, con el ganado. Aunque bien pensado, si ahorra lo suficiente podría enviarlo a la escuela, sí eso haría, sería el primer Aurelio con estudios, quién sabe si universitarios. Lo cierto es que ahora era pronto aún, pero con el tiempo, él sabía que su hijo sería alguien importante.

Se iba alargando la tarde, Aurelio sentía cada día más la necesidad de sentir el cambio de estación, esos días en los que comienza a cambiar la luz, los olores, el sonido de los pájaros. Se fue meditando hacia su casa, su mujer lo esperaba, su hijo también.

Los chavales, Truco, Lápiz, Rebuzno, y Volador, saltaron como pudieron la tapia. Cierto es que no se les resistía desde hacía mucho tiempo, pero en sus peores momentos, unos dos años atrás, ésta tenía cristales por todo su lomo, el anterior dueño de la finca, cuyo nombre nunca llegaron a saber, los había puesto para evitar tentaciones pasajeras, y así impedir que casi nadie pudiese entrar a patear su propiedad. Para los chavales Aurelio era una bendición, lo llaman “despistao”, pueden imaginarse porqué. Lo cierto es que desde que él llegó, la huerta había mejorado mucho. La calidad de las fresas era inmejorable, los higos tuvieron un almíbar imposible de ignorar en esta cosecha anterior, las manzanas eran más dulces. Desde que él llegó los cristales desaparecieron de encima de la tapia, él mismo los quitó, todos lo vieron. Gustaba de hacer las labores del campo con amor, con parsimonia, seguro de hacer un trabajo bien hecho, de recrearse una vez terminado mirando los resultados de su laboriosa mente.

Truco fue el primero en saltar, la pared con descabros suficientes como para hacer de ella un derribo, se sostenía en pie sabe dios si por un acuerdo divino o por testarudez. Volador detrás, siempre seguía a Truco, Rebuzno el más pesado, en todos los sentidos, lápiz, dio el salto más grande. Al caer, todos quedaron un momento agachados, como queriendo ocultarse, hecho sorprendente a los ojos de cualquier adulto ya que delante de la pared estaban desprovistos de cualquier parapeto que les escondiese excepto por los troncos de los moreros, pero la inocencia es así, y excepto truco que les adelantaba a todos en picardía eran ingenuidad pura, aunque en ocasiones la inocencia sea un fastidio. No tenían miedo a ser descubiertos, Truco se encargaría de sacarles de allí. La tapia tenía un puerta que sólo se abría desde dentro lo que indicaba el porqué no habían utilizado aquella ruta. Mientras avanzaban hacia su objetivo, Volador vio algo que había tirado en el suelo, en medio de un surco de los innumerables que “despistao” había dibujado aquella tarde sobre la tierra. Rebuzno al ver que se detenía a mirar aquello le dio un cogotazo, indicándole hacia donde debía ir, pero al mirar en la misma dirección descubrió también el hallazgo. Truco lo había visto, con el rabillo del ojo, antes que los demás pero estaba demasiado concentrado en su tarea como para detenerse a mirar cualquier otra cosa. Lápiz, ágil como una serpiente salió corriendo y agarró el objeto, pero éste no salió de debajo de la tierra. Truco desvió la trayectoria para fijarse mejor en la que lápiz siguió. Los surcos

comenzaban a deteriorarse, las plantas en él clavadas tenía cierta imagen desdibujada, la tierra a sus pies comenzaban a desfigurarse, a perder su aspecto de amontonamiento perfecto.

—Yo lo he encontrado, — dijo Lápiz—, así que es mío— y aunque era evidente la falta de fuerza para sacar aquello de debajo de la tierra él seguía intentándolo. Ponía toda clase de caras, haciendo mohines con la nariz, con la boca, la lengua. Finalmente, cuando ya veía que todos lo miraban a él y que nadie hacía nada

por ayudarlo dijo — ¡al menos podríais ayudarme! Rebuzzo dijo— eso no es mío, mi padre me ha dicho muchas veces que lo que no es mío no debo tocarlo— a lo que Truco contestó— pues las manzanas bien que las agarras sin ninguna objeción, y tampoco son tuyas—todos comenzaron a reír, menos Rebuzzo que miraba a Truco con la contradicción de si intentar golpearle, ya que sabía lo difícil de esa empresa por la agilidad de éste, o guardar silencio, después de mirarle durante un rato decidió callar. Volador después de mirar el objeto dijo— os habéis fijado en lo que parece eso, es como el...estaban en esas cuando el hortelano olvidó que había dejado la azada en la huerta, junto a uno de los nísperos que había en la parte más alejada de donde los chavales estaban en esta disputa, los chavales quedaron inmóviles, agachados, sabían que no tendrían problema si llegaba el momento de huir, ya que la puerta de la tapia estaba a tan solo tres metros más o menos, detrás de los árboles, sin embargo el hortelano estaba a más, lo que les daba ventaja en caso de necesidad. Contuvieron la respiración, Aurelio entró por una zona que no necesitaba pasar por el final del surco para encontrar la azada que le estaba aguardando junto al tronco del árbol. Los chavales estuvieron en todo momento observando los pies embotados del hortelano, su paso largo y calmoso, el ligero tintineo de sus bolsillos. Cuando se alejó, éstos continuaron con su disputa. Truco fue el primero en levantarse, miró el codo del hortelano que se alejaba, sorteando las ramas de los olivos, sabios, fuertes. —Creo que voy a coger algunas fresas—dijo. Volador, al ver que ignoraba el hallazgo de Lápiz decidió hacer lo mismo. Rebuzzo seguía diciendo a Lápiz que aquello era, debía ser también suyo, pero que mientras que no lo dijese no le echaría una mano. Lápiz, ante la total imposibilidad de sacar el hallazgo dijo—de acuerdo, pero sólo a ti, ellos han preferido la fresas. Ambos tiraron y tiraron hasta reventar, pero no pudieron sacar el ansiado objeto.

Cuando ya comenzaba a anochecer, hartos de fresas y alguna que otra manzana, Truco y Volador decidieron irse. El hortelano arreglaría el desaguisado por la mañana, aunque ellos en ningún momento pensaron que se notaría. Lápiz y Rebuzzo, continuaban con su plan de tirar hasta que se les despegasen las orejas, pero el objeto no estaba por la labor. Éste había decidido que la fuerza que le desacomodase de su cama fuese otra mayor, así que allí continuaba, y los dos chavales tira que tira. Al pasar Truco y Volador

junto a ellos les dijeron—nosotros nos vamos, ya no podemos más, las fresas estaban increíbles—Volador se enjugaba los labios y pensaba si no sería buena idea volver a surco. Lápiz los miró con mirada de eso y les dijo—sois unos egoístas, nos habéis visto trabajar como burros—miró a Rebuzzo— y no habéis hecho nada. Truco por su parte le dijo—ustedes habéis decidido trabajar y no comer, habéis tenido la misma posibilidad

que nosotros pero decidisteis hacer lo otro, además tú dijiste que eso era tuyo, pues para ti—dijo mirando el objeto, aunque ya no quedaba luz suficiente como para verlo con claridad.

Al día siguiente fue sábado, día de descanso en el aprendizaje de sabe dios qué en el colegio, lo que les daba más margen de maniobra a la hora de salir por la mañana. Truco había estado buena parte de la noche pensando cómo sacar el dichoso objeto del surco antes de que el hortelano lo descubriese y lo sacase para él. Era evidente que aquello era valioso, el asa del objeto tenía el aspecto de ser de hierro, y muy antiguo ya que la herrumbre la cubría, la parte superior tenía remaches, al menos la parte que él había visto. Imaginaba que se trataba de un tesoro que algún pirata había escondido allí para librarlo de las garras de sus secuaces, y que ahora se presentaba ante él para ofrecerse. Truco sabía que Volador se levantaría si lo llamaba, la ventana de su dormitorio siempre había dado a la calle, en un bajo, y además dormía solo, era perfecto para una fuga. Su casa sólo tenía una problema a la hora de huir sin ser oído, la puerta de la calle al descerrajarse provocaba un fortísimo chasquido, Dios daría. Truco sabía que el tesoro no había sido sacado porque cuando él ya estaba en su casa, la madre de Rebuzzo gritaba su nombre en la calle con tintes azules y fucsia sobre su cabeza, hasta que apareció su hijo, con alguien muy delgado junto a él, sin nada en las manos, lo que significaba que no lo habían conseguido, aunque le desconcertaba el hecho de que estuviesen sonriendo ambos, estaría a punto de salir, debía levantarse temprano y llamar a Volador.

Cuando salieron hacia la huerta chica, el fresco de la mañana les hizo contraerse. La fecha hubiese determinado la ropa a llevar, pero en aquellas circunstancias no tenían tiempo de miramientos, iban a un trabajo, así que llevaban puesta la misma ropa que el día anterior que había dado una tarde calurosa, poca ropa. Decidieron entrar en la huerta por la otra parte, era más tramo pero no tenían prisa, además si saltaban la tapia se exponían a ser vistos por todos, incluso por sus padres ya que ésta estaba alejada de las casas pero era perfectamente visible. La huerta tenía tres entradas, una natural y dos más que nadie conocía y que los chavales usaban en casos de extrema necesidad. La puerta de entrada que era por donde ellos entrarían ahora y que era la entrada natural daba la espalda a la casa de los dueños. Montones de pájaros se agolpaban en los

árboles, la mayoría desayunando, otros tendrían pendientes pendientes del día anterior, si no, no se entendía que les hubiese dado tiempo a tanto. La puerta de hierro, baja, desconchada y picada por el moho en algunos puntos anunció su entrada. Ellos, Truco y Volador, avanzaron despacio por la linde de los naranjos, olía a fresas, a higuera, a huerta. Cuando llegaron al punto donde debía estar el cofre descubrieron que no estaba. Miraron con detenimiento el lugar, pero era evidente que se lo habían llevado. Volador dijo—debe haber

sido Rebuzzo y Lápiz, anoche, ¡mira!—dijo señalando un surco en la tierra—deben haberlo escondido, mira las huellas—Truco se acercó más, observó las huellas con detenimiento, las tocó y dijo—han estado aquí esta mañana, antes que nosotros, las huellas se desmoronan, si hubiesen estado toda la noche, con el rocío que ha caído se habrían quedado en pie. Ambos siguieron el surco en unos tramos, los pisotones en otros, hasta que llegaron a otra entrada de la huerta además de la natural, una alzada en la alambrada que la recorría.

Rebuzzo discutía con Lápiz porque había quedado atrapado en ella y no había hecho nada por impedirlo,—eres un estúpido, has visto que me iba a enganchar y no me has dicho nada, mira como me ha quedado la camiseta—decía mientras miraba su camiseta de algodón agarrada con todas sus fuerzas a las púas. Lápiz por su parte miraba a Rebuzzo retorcido sobre su espalda mirando su prenda, pensaba que hacía demasiado ruido, que el hortelano si pasaba por allí seguro que lo oiría, y que llamaría su atención. Debía haber avisado a su primo, el de su tío el herrero, pero Rebuzzo era muy fuerte, y muy testarudo, y muy burro, y no olvidaba nunca. Tendría que haber intentado convencer a Volador, él era mucho más... fácil de engañar, pero también es cierto que entonces Volador no estuvo interesado en el tesoro, así que tampoco servía de nada lamentarse ahora. Mientras todo esto ocurría Aurelio había comenzado a dar su ronda por la finca. Era sábado, aunque para él, el único día diferente era el domingo, el resto, todos iguales, como puede parecerse una gota de agua a otra. Truco y volador observaban el incidente escondidos, sabían que lo mejor si querían agarrar aquel cofre era salir e intentar ayudar a aquellos dos memos, ambos lo sabían y justo en el momento en que Volador iba a salir Truco lo detuvo detrás del matorral en el que se habían apostado, agarró a su amigo y sin decir palabra señaló en dirección a la huerta.

Aurelio inspecciono la huerta, sabía que los chavales había estado allí, las fresas había sido mermadas, también las manzanas, él sabía muy bien lo que dejaba en su despensa por la noche, todo lo soportó, eran inconvenientes con los que había que contar, sin contar con el dueño que de nada debía ni iba a enterarse, pero cuando llegó al surco del cofre algo le mordió en la barriga, una punzada de miedo, un mordisco de calor que le recorrió todo el cuerpo, el cofre no estaba, se acercó corriendo, sin mirar lo que pisaba, no lo

detuvieron ni las lechugas, ni los tomates, ni siquiera las habas que tanto le gustaban. Encontró el agujero y enloqueció, daba patadas, incluso se golpeó la frente en varias ocasiones contra los troncos de los moreros. Truco que estaba observando la secuencia vio que “despistao” no lo parecía tanto ahora, un segundo después de aquella imagen, vio a un hombre ciego de ira, era el momento de levar anclas, pero se le presentaba un inconveniente. Si trataba de ayudar a Rebuzzo y a Lápiz se delataría como alguien que quiso robarles, lo cual no le gustaba porque habría sido en vano y además estaría en auténtico peligro. No sabía lo que contenía el cofre, pero no le gustaba la idea de abrirlo, algo le decía que no había dentro nada bueno, se acercó todo lo que pudo al oído de Volador para que nada escapase de su boca al aire, y le susurró—¿qué hacemos, los avisamos?—Volador lo miró, y sobre su hombro derecho vio a lo lejos al hortelano que comenzaba a dar signos de cierta calma y a seguir el rastro, miró a Truco y le hizo un gesto afirmativo, Truco hizo otro de resignación porque aunque no le gustaba la idea, sabía que era lo correcto. Ambos salieron del escondite, estaban a unos cien metros de donde estaban sus otros dos amigos, atravesaron campo abierto, los otros, uno atrapado por la mordedura del alambre, el otro de pie mirándolo de forma indolente, se volvieron al oír las pisadas. Rebuzzo y Lápiz se quedaron mudos viendo a los dos colegas acercarse, tan temprano, tan deprisa, pero no les dio tiempo a más, Volador les dijo—debemos irnos el “despistao” está en la huerta y si no queréis creerlo peor para ustedes pero se ha vuelto medio loco cuando ha visto que faltaba eso—dijo señalando hacia el cofre. Lápiz lo miraba con incredulidad aunque había oído un lamento no hacía ni un minuto, un grito ahogado que le había puesto los pelos de punta, era un grito de dolor, de ira, de horror. Se acercó hasta Truco y le dijo—¿qué hacéis aquí?, veníais a por el tesoro, ¿verdad?—Truco se acercó y le dijo—vayámonos, ese hombre está loco, nunca había visto a alguien así, ese cofre debe tener algo muy peligroso—a lo que Rebuzzo contestó—¡y un cuerno!, ustedes lo que queréis es el cofre, yo de aquí no me muevo si no es con el tesoro, además...—vayámonos de aquí ya—le interrumpió Volador—no nos queda ni un minuto para que ese loco aparezca por ahí y venga a por nosotros— a lo que Rebuzzo contestó—he dicho que no me muevo de aquí, el cofre lo encontré yo y no se lo doy a nadie, ¿está claro?, además ése es amigo de mi padre, a mí no me tocará. Lápiz por su parte estaba comenzando a dudar de varias cosas, la primera era que aquello no le gustaba por el comportamiento del hortelano, un personaje que cambia de carácter de esa manera no es muy normal, además tampoco habían incendiado la finca como para ponerse así, miró a Rebuzzo y le dijo— yo me voy con ellos, ahora estás a tiempo. Rebuzzo le dijo— vete con ellos cobarde—, Lápiz contestó—no soy ningún cobarde pero tengo miedo, he oído su lamento, me ha dado escalofríos, y para colmo tú dices que has encontrado el cofre, cuando eso no es cierto. Imagino que estarías ayudándome para luego quedarte con todo.

Truco tomó posición para salir corriendo en cualquier momento, había muy poco recorrido desde la huerta hasta donde ellos estaban así que en cuanto que ese hombre le bajase la locura y retomase su frialdad estaría atemperado para la caza, y él no quería ser su presa. Los minutos pasaban y Volador conminó a Rebuzzo a tomar una decisión final—o te vienes o te quedas, pero nosotros nos vamos ya—Rebuzzo lo miró y miró

hacia la salida de la huerta, tenía que tomar una decisión rápida, no podía estar allí eternamente, sabía que debía abandonar el dichoso cofre, pero la codicia había hecho mella en él—no, no me muevo de aquí sin el cofre—Volador lo miró y le dijo, adiós Rebuzzo, no quiero estar en tu pellejo cuando aparezca ...esa bestia.

Los tres chavales salieron en dirección a sus casas lo más rápido que pudieron, sin hacer demasiado ruido, sin hablar.

El cofre volvió al mismo sitio en el que estaba, bajo tierra, era el lugar más seguro, aunque sin darse cuenta Aurelio debía haberlo enganchado en alguna ocasión con el arado y lo había sacado en parte de su escondrijo, del escondite que sólo él debía saber dónde estaba, Aurelio debía dejar un legado a su hijo, y debía guardarlo bien. Había mucha rapiña, su huerta era un lugar privilegiado, de clima de tierra, de árboles, de riqueza. Desde que llegó delimitó sus lindes con tiranía hacia los paseantes, con desprecio hacia los curiosos. Pocos, casi nadie podía decir ser su amigo, pronto nacería su hijo, y no quería curiosos ni mala gente por allí, no quería niños que influyesen sobre la educación del otro Aurelio, el que estaba por venir, pronto debía llegar.

Cuando la policía preguntó a los chavales dónde fue la última vez que vieron a su amigo, habían pasado dos días desde que ocurrieron los hechos, ellos no querían decir nada a nadie, hasta ahora tan solo la madre de Rebuzzo sospechaba que ellos sabían donde estaba. En un principio creyó que se había fugado de casa, pero el temperamento tranquilo y comilón de su hijo le hizo desistir de esa idea. No era normal que un chaval saliese de casa tan temprano, era evidente que debía haber sido para alguna travesura, pero ella sabía que no salió solo, los otros chavales, sus amigos la esquivaban desde entonces, la inocencia de estos les hacía creer que no saliendo de sus casas todo estaba resuelto, que ya amainaría el temporal, pero ella sabía que ellos sabían algo.

Lo buscaron durante semanas, nadie sabía nada, nadie lo había visto, finalmente, Volador dijo a los demás, —debemos decir lo que ocurrió, Truco no estaba de acuerdo del todo, Lápiz no estaba de acuerdo en nada.

Pero los chavales acabaron por ceder, sabían que aquel asunto sería un lastre para sus vidas, desde entonces a los tres les había cambiado el carácter de manera asombrosa, mal dormían, mal comían, y ya les era casi imposible eludir las preguntas de sus padres, su amigo había desaparecido, todo el vecindario le buscaba, pero ellos no participaron en ninguna búsqueda, al final tuvieron que hablar.

El agente tomó nota de todo lo ocurrido. El cofre apareció dos días después, en la otra punta de la huerta, a más de dos metros de profundidad, dentro estaba el cuerpo del chaval. El forense informó de que el muchacho había muerto por asfixia, dentro del cofre.

En cuanto a los restos hallados junto con el niño eran de una mujer joven que había muerto al dar a luz a una niña unos treinta años atrás.

Aurelio fue ingresado en un centro psiquiátrico, murió a los tres meses, nunca se supo si su mujer murió de muerte natural, aunque nada hizo pensar al forense que hubiese sido por muerte violenta.

Yo tuve conocimiento de esta historia a través de mi padre, él jamás se atrevió a contarle a nadie los detalles de lo que sucedió, a nadie, excepto a mí.

FIRMADO:

DARÍO VALENTE

